



DON MIGUEL DURAN SALGADO

Por Modesto López Otero, Arquitecto

En esta serie de biografías de arquitectos notables, pueden y deben incluirse, las de los contemporáneos, juntamente con las que tienen carácter histórico, pues si éstas son necesarias para el conocimiento de intimidades en las cosas de arquitectura, explicando vicisitudes y consecuencias, las vidas ejemplares que se han deslizado al lado de las nuestras, proporcionan casi siempre enseñanzas fecundas. Unas y otras biografías; aquéllas, en las que el dato del archivo sirve para escribirlo pretérito, y éstas, que se fijan con semejante sentido analítico—pero afirmado por la evidencia y el testimonio—, tienen el mismo valor de oportunidad.

Tal la biografía del arquitecto Miguel Durán Salgado, recientemente fallecido, cuya vida puede considerarse como modelo entre las de los arquitectos de nuestro tiempo, pues a las dotes naturales de agudo talento y clara inteligencia, unía rara constancia para las tareas emprendidas, tanto la obligada y cotidiana profesional, como la otra, íntima y libre—y por ello más grata—de la investigación y del estudio hacia temas seleccionados con certera percepción de su utilidad y trascendencia.

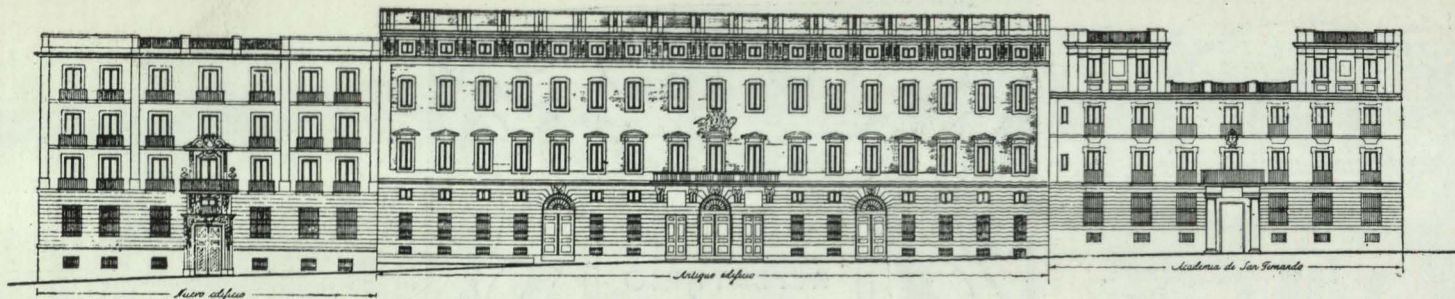
Nació Durán en La Coruña, el 19 de noviembre de 1886, y después de los estudios necesarios, al lado precisamente de quien, como su padre, era notable en la misión de preparar

la juventud para difíciles exámenes matemáticos, ingresó en la Escuela de Arquitectura de Madrid, terminando su carrera en 1912.

Compañero de Escuela de quien escribe estas líneas, era ya entonces famoso por su donaire e ingenio para las cosas del estudio y para otras ajenas, propias de las alegrías juveniles. Allí se inició su posterior prestigio de hombre culto, en posesión, además, de lo que se denomina «buen gusto».

Las biografías, especialmente las de los artistas, explican su obra. La razón de lo que producen los autores está en sus cualidades personales, nativas y cultivadas. Si se dispone, como Durán, de una fuerte voluntad y de un gran entusiasmo para volcar el alma en las empresas, todo su trabajo ha de ser reflejo de aquellas cualidades espirituales, ya sean proyectos y realizaciones; investigación de carácter histórico-arqueológico, o los estudios y creaciones de pura intención poética, apoyados en una especial erudición.

Arquitecto del Ministerio de Hacienda, proyectó y dirigió la restauración de la fachada y reforma parcial de la «Aduana de Sabatini»; la ampliación del edificio de la Dirección de la Deuda; la nueva fábrica de la Moneda; las Delegaciones de Hacienda de La Coruña, Badajoz, Cuenca y Jaén. Y, como arquitecto diocesano, las iglesias de las Angustias, en Madrid,



Fachada de conjunto del Ministerio de Hacienda con la ampliación. Madrid.

y otras parroquiales de la provincia, además de reformas y atenciones a varios edificios religiosos, tales como la importante en el convento de las Esclavas, en Oviedo.

Está en realización su proyecto de la «Ciudad de los Muchachos», en Vallecas. Su última obra son los planos para la instalación del Museo Provincial de Lugo, aprovechando el antiguo convento de San Francisco.

Aunque Durán no fué arquitecto de clientela, dejó muchas obras particulares, probando en ellas, como en las enumeradas anteriormente, su gran competencia profesional.

La expresión más patente de aquellas sus excepcionales condiciones de artista y erudito, tiene lugar cuando opera sobre edificios ejemplares. Entonces sus conocimientos, juntamente con sus dotes de laboriosa sagacidad, se desenvuelven en soluciones acertadas y tratamientos eficaces. Así, en su larga actuación como arquitecto del Real Patrimonio—a las órdenes del gran maestro don Juan Moya primero, y solo, después—, interviniendo en el Palacio de La Granja y en la restauración de la «Casita del Príncipe»; aquí, con el respeto admirativo por Villanueva, de quien está impregnado de neoclasicismo. Y en el mismo sentido, la restauración del Paraninfo y Patio Trilingüe, en la Universidad de Alcalá, y la acertada adición de la gran escalinata a la fachada de la iglesia de Santa Bárbara.

Una prueba de esta su fina sensibilidad y dominio de los estilos, la hallamos en el nuevo edificio de ampliación del Ministerio de Hacienda, cuyo motivo central, la gran portada barroca procedente del palacio del marqués de Santiago, se erige en el mismo lugar, merced a la perseverancia de Durán, que la salvó de una posible desaparición.

La actuación profesional del fallecido compañero fué irrepachable, desarrollada con tino y con recato, sin propaganda, tal como correspondía a su condición sencilla. En otro aspecto,

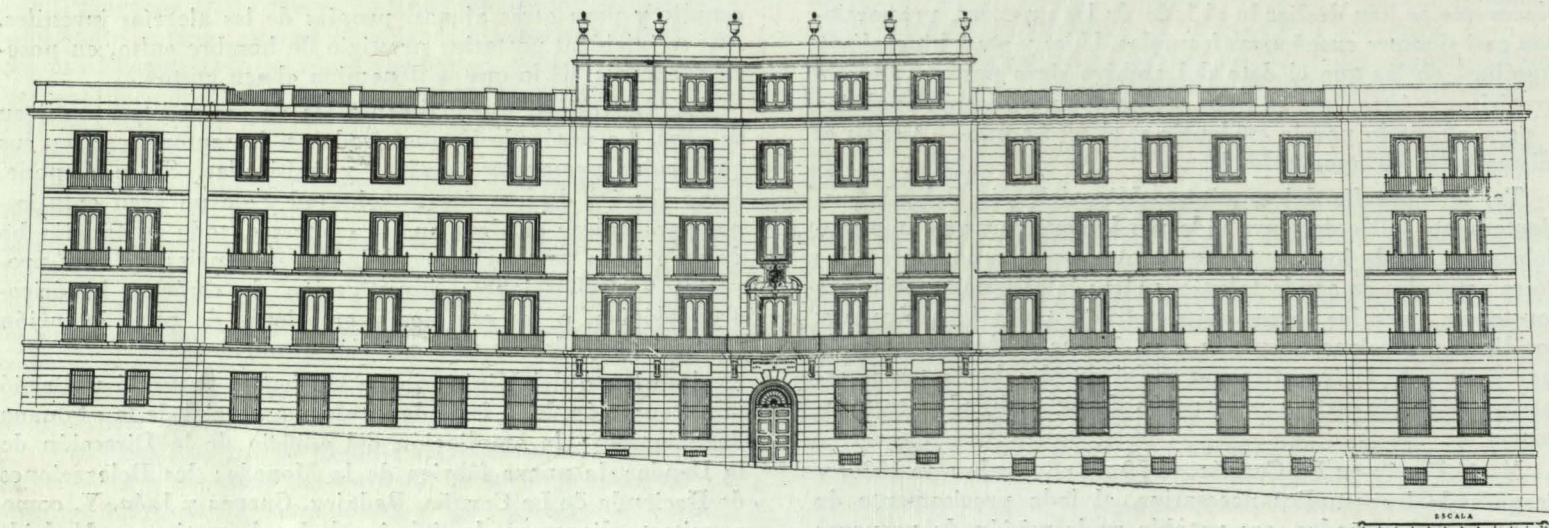
que pudiera considerarse literario de la arquitectura, como historiador y crítico, también nos ha dejado labor meritoria.

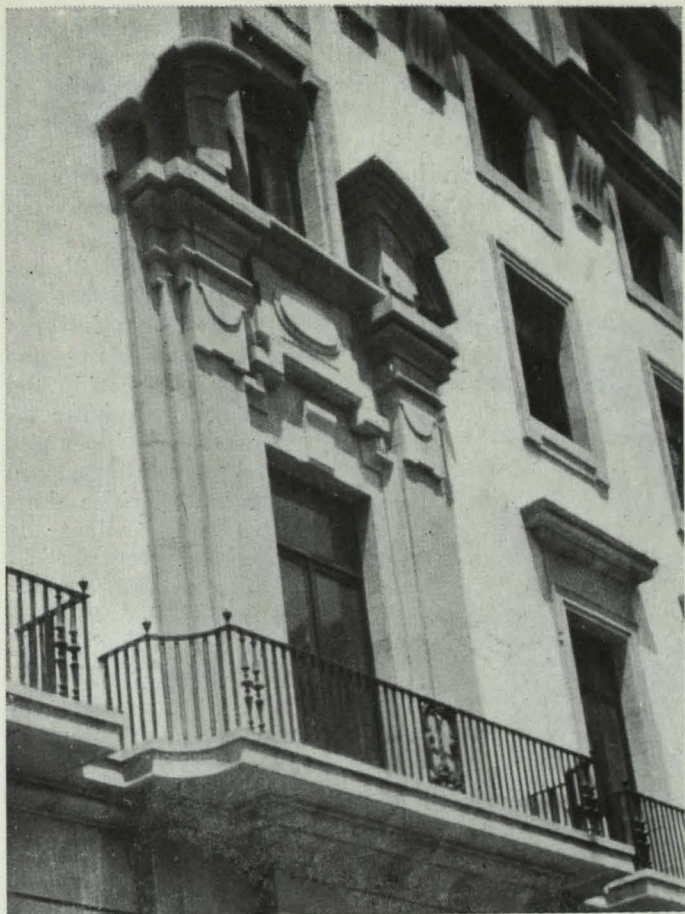
Desde joven, casi alumno, hasta su fallecimiento, son numerosos los artículos y ensayos monográficos acerca de ciertos monumentos, y sus particularidades históricas o artísticas; de sugerencias y opiniones sobre temas originales o discutidos. Quizá en esto lo más importante, y desgraciadamente no concluido, sea su estudio, en preparación, acerca de los Pazos y casas señoriales de su tierra gallega—en colaboración con el erudito señor Taboada Roca—, que no desesperamos de ver publicado. Sobre el interés que Durán ponía en todas sus cosas, las de rebusca o las de invención, hay que considerar ese amor a su país, jamás disminuido.

Colaboró con éxito en la REVISTA DE ARQUITECTURA, en la de la Sociedad de Amigos del Arte, en los Boletines de la Española de Excursiones y de la Real Academia Gallega y en la revista Arte y Hogar.

Otra prueba de su entusiasmo por las aportaciones de carácter histórico, que emprendía con tanto celo como competencia y buen juicio crítico, se encuentra en el siguiente episodio: La Real Academia de San Fernando, en su constante deseo de estimular entre la juventud esta clase de estudios y preocupaciones, convocó, en 1942, un concurso para premiar una breve monografía sobre un monumento medieval español, inédita y sintética, tanto en lo literario descriptivo como en lo gráfico. En el premio, exiguo, se cotizaba el honor más

Fachada lateral del nuevo edificio, ampliación del Ministerio de Hacienda.





*Pormenor de la Delegación
de Hacienda de La Coruña.*



*Pabellón de Galicia en la Ex-
posición Internacional de Sevilla.*



*Restauración del
Ministerio
de Hacienda y
ampliación con
el edificio de
nueva planta.
Madrid. Arqui-
tecto, Miguel
Durán.*

que el provecho. La juventud profesional y escolar, a quien se brindaba casi como pasatiempo, atenta a otras actividades quizá más provechosas, se desinteresó del llamamiento académico. Miguel Durán, con la garantía de su saber y de su experiencia, acudió solícito al modesto pero sugestivo concurso y obtuvo el premio. En el acuerdo corporativo de su concesión dijo la Academia, textualmente, que «el señor Durán, cuyos entusiasmos compensaron con creces aquellas deserciones, presentó dos importantes trabajos: uno relativo al Monasterio de Samos y la descripción interesantísima de la iglesia románica del hospital de Incio, trabajos que no constituyen dos breves monografías, como se solicitaba, sino dos estudios completos, documentados, aportando no sólo los planos, de minuciosa exactitud, con la distinción gráfica de las épocas distintas a que pertenecieron cada uno de los elementos integrantes y copiosa documentación fotográfica, sino también concienzudas memorias relativas a su historia, evoluciones constructivas, materiales (la iglesia del hospital de Incio está enteramente construida en mármol del país), aspectos raciales y panorámicos, circunstancias que las hicieron famosas, y personajes que habitaron dichos monumentos. Al describir el monasterio de Samos incluyó también, como anejo, el completo estudio de la famosa «cella del Salvador», hasta ahora sólo conocida por croquis imperfectos». La Academia acordó la publicación de tales trabajos, con su gratitud al señor Durán por tan valiosa aportación a la historia de la arquitectura española.

Las relaciones de Durán—académico por educación y sentimiento—con la de Bellas Artes de San Fernando no fueron éstas solamente. Asiduo a las solemnes conmemoraciones y actos corporativos, su nombre se pronunció más de una vez en aquellos coloquios íntimos, llenos de cortesía y afecto, que, entre colegas, preceden a la publicación del «candidato». Si la muerte, no nos lo hubiera arrebatado, Durán habría sido académico muy pronto, pues sus condiciones personales, sus merecimientos y su credo artístico así lo prometían. Lo fué correspondiente de la Real Academia Gallega y de la de Bellas Artes de Toledo.

Organizó, con Luis Menéndez Pidal, la inolvidable Exposición del Libro de Arquitectura, y entre los temas de sus conferencias, siempre interesantes, expresadas con donaire y claridad, recordamos: «El Palacio Real de Madrid»; «El Monasterio de San Esteban de Ribas de Sil»; «El Mausoleo de San Lorenzo de El Escorial»; «El Arte de las Peregrinaciones»; «Iconografía Mariana de la Diócesis de Madrid-Alcalá»; «El Palacio de Gelmírez»; «El Arte de la Cantería», etcétera.



En otro aspecto de las actividades de vida tan laboriosa, equilibrada y fecunda, están aquellas que tienen como impulso incoercible un sentimiento lírico intuitivo; el afán de comunicarse con los demás por el hilo de belleza de la selecta arquitectura; el vivir la vida de arquitecto, como un poeta; ver en toda tarea emprendida el lado artístico; unir esto con lo técnico y lo científico. Y en tal conjunción, decantar y depurar armónicamente.

De tal especie fueron sus estudios sobre jardines. Recordamos aquella exposición (1935) por él organizada acompañando explicaciones y datos de primera mano acerca del «Palacio de Oriente y sus jardines», donde al mismo tiempo que la serie de proyectos del palacio, desde la destrucción del

antiguo alcázar hasta las adiciones de la época moderna, se analizaba con insuperable crítica los planes de jardines de Pedro de Ribera, de Sacchetti, de Boutelou y D'Isle, de don Ventura Rodríguez, de Sabatini y de Pascual y Colomer.

Dos conferencias sobre la misma materia, cuyo sentido de divulgación no disminuía su mérito, fueron leídas con emoción no disimulada por su hijo en el Curso de Jardines organizado por la Escuela Superior de Arquitectura en el Museo Romántico durante el pasado mayo, cuando ya la enfermedad mortal le impidió actuar personalmente.

Obtuvo primer premio, con Ramón Aníbal Álvarez, en el concurso de proyectos para los jardines de Caballerizas, y medalla de oro en la Exposición de Sevilla, como autor del Pabellón de Galicia.

El arquitecto discreto, ponderado y cortés, que era Durán en lo sociable, era en la vida familiar y en la conciencia un hombre bueno. A él pudieran aplicarse estas palabras de Roussel en su obra

L'ideal esthétique: «La práctica del bien se funde con el amor a la belleza. La voluntad y el goce estéticos nos apartan de las mezquindades del amor propio y de la envidia, librándonos de las bajas enemistades, de ambiciones groseras, de placeres vulgares; nos enseñan la tolerancia, la benevolencia, el respeto profundo a la felicidad y al pensamiento ajenos. La delicadeza estética engendra la extrema delicadeza moral. La elegancia de la acción y la elegancia del pensamiento tienen el mismo origen.»

Termine aquí con tales palabras la biografía del ilustre compañero, escrita con la sincera emoción que supone el recuerdo de una larga amistad. Su vida, noblemente gastada en los más altos ideales del arte de la arquitectura, quede consignada como ejemplar en esta sección dedicada a las de arquitectos notables de todos los tiempos.